

Este genial humorismo involuntario lo puedo llegar a entender en don Ricardo Rentería L., tristemente célebre como autor y director de fotonovelas, y de doña Ana Luisa Pelufo, quien después de todo nunca ha sido actriz, pero no lo comprendo en Xavier Rojas, director de *El hombre que hacía llover*, de *La gota de miel*, de *Los desarraigados* y de tantos éxitos más. Es verdaderamente lamentable la decadencia de un hombre talentoso cuando nadie le advierte que debe retirarse. Ni tampoco lo comprendo (¿o sí?) de la Unión Nacional de Autores, organismo un tanto cuanto fantasma que es el que presenta la obra. Ni comprendo como Carmen Molina, actriz por todos conceptos estimable, pudo aceptar intervenir en esto y además estar muy mal. Tampoco entiendo a Raimundo Capetillo, un muchacho que siente verdadero amor por el teatro y que después de su fracaso artístico en *Sigue tu onda*, debía cuidar más su carrera. Graciela Doring y Zully Keith cumplen con sus ingratos papeles, pero se ven obligadas a naufragar junto con el barco que las arrastra al fondo de la mediocridad.

De cualquier manera, doy las más cumplidas gracias a todos y cada uno de los que hicieron posible que el público mexicano por vez primera hiciera un “meneo” en un estreno, al estilo de España. Hubo carcajadas en las escenas más dramáticas, aplausos en las frases clave, comentarios en voz alta, excesivo ruido de butacas, epidemia de tos asiática y unos cuantos aplausos de cortesía al finalizar. Creo que el público mexicano se va civilizando y demuestra su desagrado cuando debe. Yo, por el contrario, pasé uno de los ratos más divertidos de mi vida y aplaudí a rabiar y grité bravos porque también debe premiarse, y más que nada en este mundo, al humorismo involuntario.

22 de agosto de 1971

OTRA CARTA DEL PROVINCIANO

Estimado Bulmaro:

El día primero de septiembre de 1968 te escribí una carta sobre mi visita a esta capital. ¿Te acuerdas? Han pasado ya tres años

justos y “parece que fue ayer”, como dice siempre mi tía Hermetita dando un suspiro que hace temblar el candil de la sala. Ya te acordarás también que en aquella carta estaba yo muy desilusionado de esta capital, porque después de tanto ahorrar y anhelar ese viaje para venir a ver teatro, me quedé casi sin ver nada y pensando que la capital está más atrasada que la provincia a pesar de que nos ven con tanto desprecio. Tres años fueron suficientes para hacerme olvidar aquella desastrosa experiencia, y aquí me tienes de nuevo instalado en un hotelito por las calles de Mina, para que me agarre cerquita de la terminal de autobuses. Como llegué tan noche, me dormí como piedra hasta las once del día siguiente, y lo primero que hice, cuando fui a desayunar al café La Guadalupanita de Oro, fue buscar la página de los diarios donde se anuncian los teatros. Mi primer coraje fue al ver que ya no están representando *El precio* de Arthur Miller. Quería ver si Nacho López Tarso es tan bueno como yo, y si Ancira estaba a tu altura en el papel del judío. ¿Verdad que a nosotros en el pueblo nos quedó muy bien esa obra? Hasta le gustó al señor cura, y mira que a él nada le gusta de lo que hacemos nosotros y nos está moliendo conque representemos *Lodo y armijo*, y *La muralla*, y *San Felipe de Jesús*. En fin, el caso es que ya no pude comparar con nuestra puesta en escena y busqué otro teatro para ir esa noche.

Comienza la cartelera teatral, en orden de aparición y de arriba para abajo, con el anuncio de *Las leandras*. ¡Ay, Bulmaro! Tanto escuchar a mis tías y a las tuyas hablar de la zarzuela poniendo los ojos en blanco y diciendo que aquello sí era teatro, para que resulte que la famosa zarzuela no es más que un *sketch* de carpa, o menos que eso. Unos números musicales puestos al estilo Hollywood cuando quiere hacer una película *latin style*, unas pobres muchachas que pretenden ser bailarinas, Hugo Avendaño cantando “Granada”, de Agustín Lara; Óscar Pulido, Sergio Ramos y otros cómicos diciendo chistes que harían palidecer a los que cuenta don Ramón, el cantinero de nuestro pueblo, y algunas mujeres muy guapas. Eso es la zarzuela. Olvídate de ella, Bulmaro, y no les creas nada a las mentirosas de nuestras tías. Ahora que regrese al pueblo les voy a contar algunos de los chistes que escuché, y después que me hayan dado la bofetada que ya me

duele desde ahora, les diré que pertenecen a la zarzuela. ¡Vas a ver cómo se ponen de enojadas!

Pero sigamos con mi viaje a través de los teatros del Distrito Federal. Después sigue en la cartelera la vieja obra de Osborne, *Rencor al pasado*, sólo que ahora le han puesto *Recordando con ira*, para que sea fácil de acordarse de ella por la ira que te invade. Después, la obra que tantas ganas tenías de ver: *Las mariposas son libres*, de la que tanto hemos leído en las revistas inglesas y norteamericanas que nos llegan al pueblo cuando el encargado del correo no se las clava porque traen en la portada a alguna actriz guapa. Está muy bien montada, con una escenografía espléndida, con una dirección de José Luis Ibáñez realmente atinada. Benny Ibarra hace un gran esfuerzo para sacar adelante el maravilloso papel del joven ciego, pero tú sabes que en el teatro los esfuerzos grandes no bastan: se debe llegar al logro total. Julissa está encantadora y María Teresa Rivas sigue siendo la primera actriz de siempre. Y la obra es hermosísima. Para que después los intelectualoides digan que el melodrama es malo.

Después de pagar un dineral en el taxi, llegué al lejano Teatro Ofelia, para ver una "cosa" que se llama *El juego que todos jugamos*. Pues lo jugarán ellos, porque nosotros nunca hemos jugado, ni de niños, a ser imbéciles. En el entreacto sale ese señor Jorge Saldaña a jugar con el público, y se burla de las señoras gordas y de los señores que ven su programa de televisión. Y no sé cómo lo aguantan, porque si se le ocurriera ir al pueblo a burlarse de los espectadores que van al teatro parroquial cuando hacemos función, lo colgarían de los pies y lo echarían a la noria de don Sabás.

Pero en cambio, mi buen Bulmaro, ¡cómo me he reído con un drama que se llama *El monstruo sagrado*! Leíste bien: escribí la palabra drama, y sin embargo me reí hasta que me dolieron las mandíbulas. Es la tragedia más cómica que se haya escrito y actuado sobre la tierra. El público la pasa muy bien y se carcajea en los momentos más intensos de la obra. Este señor Rentería, el autor, debería escribir para la televisión, como Mauricio Kleiff. A la otra noche me fui a ver una buena comedia policiaca: *Sabueso*, que monta Manolo Fábregas con Adolfo Marsillach. Ya sabes quién es: el actor, escritor y director español del que hemos

puesto algunas de sus obras pequeñas que publicó y que son magníficas. Pues como actor es mejor aún. Y Fábregas está excelente también. Le voy a pedir los derechos para que tú y yo la hagamos en el pueblo, al fin que el maistro Remigio, el carpintero, nos puede hacer una escenografía muy parecida a la de don Julio Prieto, que es una de las mejores que han visto los capitalinos.

Como comprenderás, ni hablar de asistir a los subteatros que maneja el señor Jorge Landeta, pero nada más date un quemón con los títulos: *Cinco modelos para un desnudo*, *Estrenando marido*, *El señor es una dama*. ¿Qué te parece? Es lo que llaman “culturización del pueblo.” Pero escuché una *Butterfly* con Renata Scotto que Puccini debe haberse parado de su tumba para aplaudirla. Lástima que esté tan gorda, porque jamás crees que Pinkerton se enamore de una japonesa así. Luego fui a ver *Y la mujer hizo al hombre*, donde Irma Lozano juega a ser pigmalioncita y David Reynoso hace el mismo “bronco” revolucionario de siempre. Es una obra tan pasada de moda que parecía yo estar en el viejo Teatro Ideal, ese que nos cuenta don Marcelino, el del juzgado. Volví a reírme mucho con otro drama, nada menos que de Edward Albee, pero no me reí por el magnífico escritor norteamericano, sino por la puesta en escena del señor Dimitrio Sarrás, que obliga a los actores a hablar como deben hacerlo en Venus o en Plutón. Volví a aplaudir hasta el dolor de palmas a Ancira en *El diario de un loco*, y vi una muy buena obra que se llama *Cosas de muchachos*. Y eso es todo, Bulmaro, amigo. Otra desilusión sufrida, pero merecida me la tengo por no escarmentar con el viaje pasado. Que se queden en esta monstruosa capital con su mal teatro. Tú y yo seguiremos montando a Chejov, a Miller, a Albee (bien puesto), a Carballido, a Alarcón, a Shakespeare y a Anacleto García, nuestro autor local. Esta ciudad no tiene remedio en su teatro. Tomaré el autobús de las 17:17. Espera abrazarte mañana tu amigo José Encarnación.

5 de septiembre de 1971